

¿HAY UN DIRIGISMO CULTURAL?

Benigno Pendás

Bon día. Buenos días a todos. En primer lugar quiero agradecer a la facultad de Geografía e Historia de esta Universidad su amable invitación para que comparta con ustedes durante unos minutos unas reflexiones sobre un tema que creo que es del mayor interés y de la mayor actualidad y en el que procuraré, y creo que procuraremos todos los que estamos en esta mesa redonda, darles a ustedes algunas ideas y algunas perspectivas que inviten al debate. Muchas gracias, especialmente, al moderador J.R. Triadó.

Permítame ustedes que comience con algo que a veces no se suele hacer cuando le plantean a uno en una convocatoria de este tipo una pregunta tan clara y tan directa como la que recoge el título de mi ponencia. ¿Hay un dirigismo cultural? Es la pregunta. Creo que la previsión, incluso la mejor tradición académica dice que a una pregunta tan directa se procura contestar hiperbólicamente buscando matices, enfoques y perspectivas pero que no está bien decir si o no rotundamente. Yo voy a cambiar por una vez. Voy a contestar de un modo claro y preciso a la pregunta. ¿Hay un claro dirigismo cultural, se entiende en el marco de las exposiciones y en la precisión del discurso histórico? Respuesta: si.

Dicho esto, que probablemente es lo que no se espera de quien actúa como responsable de un sector de la política cultural del Estado, de la Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales, tendría que preguntarme en voz alta y compartir con ustedes la respuesta. Si la existencia de ese dirigismo cultural, que creo que es innegable, merece una rotunda condena merece una absoluta aprobación o como tantas cosas en la vida real merece luces y sombras o merece matices. Ellos demuestran que esta-

mos en presencia de un claroscuro y no de una realidad absolutamente buena o absolutamente mala. Ni que decir tiene que en una sede universitaria la primera reacción frente a la idea de un dirigismo cultural es negativa. No tiene esa mentalidad, ese sentido propio del intelectual crítico frente a la política, frente al que sustenta el poder político en un momento determinado. La mentalidad crítica debe mantenerse siempre, en un foro como este, con independencia incluso de que uno pueda satisfactoriamente coincidir con quienes en un momento determinado dirigen la política. Por tanto, la primera respuesta y la primera motivación hacia la idea de un dirigismo cultural es profundamente negativa.

Sin embargo, voy a tratar de enfocar el asunto de otra manera. Vamos a ver cómo se podría defender la existencia de un moderado y razonable dirigismo cultural, aunque a continuación yo mismo estoy dispuesto con mucha facilidad a dejarme convencer por los argumentos contrarios. El primer bloque de argumentos, tendría un carácter propiamente político. Podríamos acudir a un silogismo si no fuera porque la escolástica está tan desprestigiada, a veces inmerecidamente, en cuanto a lo que se refiere al orden lógico del razonamiento. ¿Por qué se podría hacer un silogismo político que derive en una consideración positiva del dirigismo cultural?

Primero, porque felizmente vivimos en un régimen democrático, en un régimen pluralista y en un régimen de libertad en el cual, en definitiva, los ciudadanos y los electores se pronuncian libremente en favor de la opción política que tienen por conveniente. Por consiguiente, en último término se respetan los principios de soberanía nacional, de democracia representativa y todos aquellos que configuran el estado constitucional. La única forma de política legítima a estas alturas del tiempo a que estamos. Sentada esa premisa y sentada esa primera afirmación, se sigue que la política cultural es una parte de la política general. Nadie parece poner en cuestión que el gobierno legítimo de un Estado, una Autonomía o un Ayuntamiento, dirija la política internacional o la política económica o la política de infraestructuras o la política agrícola. Parece que tampoco habría ningún motivo para rechazar a priori el hecho de que el poder político legítimo dirija, también, encauce, impulse y oriente la política cultural. Por consiguiente y con eso cerraríamos el razonamiento, entra dentro de una cierta lógica, perfectamente democrática, que el gobierno que legítimamente representa los ciudadanos y que por tanto dirige la política cultural proponga, organice y plantee ante estos mismos ciudadanos una serie de ofertas culturales que

responden a un modo de entender la historia, a un modo de entender la convivencia social y política de una comunidad humana en un momento determinado. Por tanto, no parece extraño que se enfoque desde la perspectiva política del gobierno del Partido Popular o del Partido Socialista, de Convergència i Unió o de cualquier otra opción política que pueda imaginarse, una política y una orientación cultural determinada.

La segunda guía de razonamiento para defender, en hipótesis, la existencia de un dirigismo cultural conlleva una cierta dosis de crítica hacia lo que podríamos llamar la exclusividad o la pureza absoluta de la técnica o de la ciencia. Yo soy, por supuesto, de formación y de vocación universitaria y por tanto absolutamente crítico y tengo no ya respecto sino admiración por los profesores, por los intelectuales y por la gente que dedica su tiempo al mundo del pensamiento pero eso no significa que no sea consciente de que también en ese mundo, ¡como no!, hay tendencias, hay simpatías, hay grupos, hay formas de enfocar las cuestiones. Por consiguiente, creo que se puede afirmar, sin error, que en el mundo académico y en el mundo científico se reproduce aproximadamente el mismo debate y la misma secuencia de grupos, de intereses distintos que en el plano de la política. Hay, evidentemente, expertos o científicos que son de mayor confianza para un partido político y otros de la misma valía intelectual que son de mayor confianza del otro grupo. Por tanto, es fácil percibir que cuando es un gobierno determinado el que encarga una exposición o el que encarga la orientación de un museo lo hace a personas que le resultan de su confianza y, repito, con independencia del máximo respeto intelectual que merece su servicio. También los expertos, también los científicos y también los académicos como todos los humanos tienen y tenemos nuestros intereses, a veces puramente académicos a veces incluso económicos que no tienen porque ser intereses siniestros o desviados sino que pueden ser, perfectamente, legítimos intereses que lleven a la creencia de que uno mismo expone aquello que le encargan con la mejor orientación desde el punto de vista cultural que estime correcto. En ese sentido, hay un modelo que se ha repetido mucho en los últimos años y, como tantas otras cosas en esta época tiene un origen norteamericano, que es la figura del gran comisario internacional de exposiciones que se ha convertido, pues, también en una especie de “gran gurú” universal de la forma de enfocar, más en el mundo del arte contemporáneo que en el mundo de las grandes exposiciones históricas que es el que aquí tenemos. Indudablemente, en el mundo de las

bellas artes y repito, sobre todo, en el mundo del arte contemporáneo, está bien; el Guggenheim, puede estar en la mente de todos, y algunos otros, que marcan una pauta, una orientación que genera una suerte de gusto cultural estándar del cual no es fácil desengancharse bajo la previsible amenaza de no estar de moda, de no estar en la orientación correcta, de estar un poco fuera de los circuitos en los que se deciden las grandes cuestiones. Por tanto, y repito con todo el respeto, pues, hacia la figura del gran comisario internacional de exposiciones, no veo porqué su legitimidad para proyectar exposiciones, o museos sea mayor que la del político legitimado por el resultado electoral que deriva, en definitiva, de los ciudadanos, deriva de los electores, deriva nada menos que de la legitimidad democrática.

Hasta aquí lo que podrían ser los argumentos o los razonamientos hechos para defender la causa del dirigismo cultural. Dirigismo que a mí por supuesto, y ahora hablo ya con menor tono retórico o argumental y con mayor proyección hacia lo que es mi propia opinión, por supuesto no me gusta y no me convence. Creo que se debe evitar por una razón muy simple, porque la historia que en definitiva es lo que se trata de contar a través de las exposiciones y de otra manera a través de las colecciones permanentes de los muscos, o es verdad o no es nada y creo que dicho en un foro como este tiene particular validez esa afirmación. Si no contamos la historia de verdad con sus luces y sus sombras, con sus éxitos y sus fracasos, sino tratamos de hacer la historia para los hombres del presente y del futuro estaremos cometiendo un pecado contra la ciencia y un error político muy grande. Cada comunidad tiene que asumir su propia historia y su propia condición para bien y para mal. No hay, afortunadamente, comunidad perfecta, porque la perfección es incompatible con la condición humana y entre otras cosas creo que lo peor de todo es que es aburridísima. Por consiguiente, es mucho mejor asumir las propias imperfecciones, los propios éxitos, los propios fracasos, las propias carencias y enfocar así críticamente las cosas.

En esta línea, ¿que les podría contar o que puedo reflexionar en estos pocos minutos que me quedan sobre lo que ha hecho el gobierno del Estado en estos cuatro años que llevamos de legislatura en donde, desde luego, se han hecho muchas exposiciones, se han enfocado y proyectado muchas perspectivas culturales y, sobre todo, se ha aprovechado algo que, también, merece la pena que se discuta que es la idea de los centenarios

más o menos bien traídos o más o menos bien cogidos? Todo sirve, sirve el nacimiento, sirve la muerte, sirve el aniversario de la publicación del primer libro de no sé quien, sirve el bautizo sino hay otra cosa, sirve la primera comunión. En definitiva todo vale para organizar un centenario. Sé muy bien, y lo practico desde mi otra condición de persona vinculada con el mundo académico, que quizás esto no es lo mejor, que quizás no es perfecto para estudiar bien a Felipe II, a Carlos V, a Goya, a la Generación del 98, a Velázquez y a todos los que han venido, vienen y vendrán, porque aniversarios hay muchos. Es criticable. Yo prefiero que el público general acuda a una exposición y pase un buen rato viendo obras de Goya o Velázquez aunque sea a costa de perder un poco la pureza exquisita del intelectual. Hay algo que se comenta mucho y que se comenta, pues, con un tono de cierta ironía. Recuerdo aquella famosa exposición sobre Velázquez en el Madrid del 90 en donde había colas y colas alrededor del Museo del Prado para ver obras que en un 90% estaban siempre en el museo. Yo creo que el pretexto sirve y que todo sirve. Los que tenemos una responsabilidad, por supuesto coyuntural, en materia cultural, tenemos una cierta envidia de ciertas materias que han calado más que la historia. Tengo mucha envidia, por ejemplo, de los responsables de medio ambiente que han conseguido que cualquier agresión real o hipotética al medio ambiente se convierta inmediatamente en un motivo de fallo social. Los responsables de política cultural luchamos, todavía, contra una especie de cuesta que a veces no es tan fácil de remontar. Pues si los aniversarios sirven, adelante. Los aniversarios son un pretexto para organizar exposiciones, congresos científicos, artículos en el periódico e incluso debates y polémicas. Quiero decir, sin embargo, que quizás hay un tipo de aniversarios que a mi me gusta más que otros, que es el aniversario en el que se combina la proyección pública con la seriedad y el rigor intelectual. Una de las actividades que la Sociedad Estatal para los Centenarios de Carlos V y Felipe II, creo que ha sabido combinarles la proyección puramente popular de sus exposiciones. En algunas de ellas, si no recuerdo mal, han pasado 200.000 personas con lo que es una atención científica que ha celebrado congresos de primer nivel. Por ejemplo, ha habido un debate en el que yo he participado y les voy a contar mi opinión sobre el año Velázquez. El año Velázquez no ha salido bien desde el punto de vista turístico. No ha habido una gran exposición, no ha habido pins, no ha habido pósters de Meninas, no ha habido todas estas cosas que a veces equiparan un poco a un partido de fútbol las

grandes manifestaciones culturales. Sin embargo, ha habido dos exposiciones exquisitas, una en Sevilla y otra en Madrid. Ha habido congresos científicos de muy buen nivel, ha habido reediciones de libros de primera importancia, de libros que ya no están en el mercado. Se va a reeditar el corpus documental de Velázquez. Todo esto creo que es una magnífica forma de celebrar un centenario aunque, repito, no haya habido esa especie de “Velázquez-manía” popular que siempre se espera de estos acontecimientos. Sin embargo, si la ha habido en otros casos. También es verdad que hay personajes y personajes. Para decirlo muy claramente y en una Facultad de Historia se puede decir con toda claridad. Es mucho más sencillo en el fondo vender la figura de Carlos V por ejemplo que la de Felipe II. Carlos V goza a priori de una visión positiva, europeísta; tiene mucho mejor forma de contar su vida y sus obras que la de su hijo Felipe II, con respecto al cual debo decir que se han hecho milagros para hacer un enfoque que lo presente como príncipe del Renacimiento, como demostró, creo yo, razonadamente, Fernando Checa, o las grandes exposiciones que se hicieron en varias ciudades en las cuales la imagen del personaje ha ido cambiando y los libros pues muchos de ellos muy discutibles científicamente pero que han arraigado mucho entre el público. Termino con esa reflexión. Todos hemos visto en la lista de best-sellers libros sobre Carlos V y Felipe II y los veremos sobre Felipe V, a lo mejor, y los veremos sobre los personajes más dispares. Pero miren ustedes, yo prefiero que el ciudadano de pie, el hombre medio que en definitiva debe marcar la pauta en un régimen democrático se compre esos libros y que no se alimente espiritualmente, pues, de otras muchas otras cosas. Si para eso hay que desvirtuar en algo la perfección puritana y exquisita de la política cultural pues bienvenida sea. Lo digo, por lo menos mientras sea Director General de Bellas Artes, pues hablando como profesor y como académico en otras circunstancias diría otras cosas.